

Joan-Carles Mèlich
LA EXPERIENCIA
DE LA PÉRDIDA
ENSAYO DE FILOSOFÍA LITERARIA I

Traducción del catalán y posfácio
MARTA REBÓN

FRAGMENTA EDITORIAL

Título original *L'experiència de la pèrdua. Assaig de filosofia literària*
Arcàdia, Barcelona, 2017

Publicado por FRAGMENTA EDITORIAL
Plaça del Nord, 4
08024 Barcelona
www.fragmenta.es
fragmenta@fragmenta.es

Colección FRAGMENTOS, 79

Primera edición ABRIL DEL 2022

Dirección editorial IGNASI MORETA
Diseño de la cubierta ELISENDA SEVILLA I ALTÉS
Fotografías de la cubierta y p. 114 MARTA REBÓN

Impresión y encuadernación ROMANYÀ VALLS, S. A.

© 2017 JOAN-CARLES MÈLICH SANGRÀ
por el texto

© 2022 MARTA REBÓN
por la traducción

© 2022 MARTA REBÓN
por el posfacio

© 2022 FRAGMENTA EDITORIAL, S. L. U.
por esta edición

Depósito legal B 3709-2022
ISBN 978-84-17796-60-0



Generalitat de Catalunya
Departament de Cultura

Con la colaboración del Departamento de
Cultura de la Generalitat de Catalunya

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS

PRINTED IN SPAIN

*A la memoria de mis abuelos:
Francesc, Enriqueta, Ramon y Maria*



Todos tenemos amigos que han muerto en la guerra.
VIRGINIA WOOLF, *La señora Dalloway*



ÍNDICE

1	<i>Pórtico</i>	11
2	Finitud y existencia	17
3	Una filosofía literaria	27
4	La pasión de la memoria	43
5	El ser en la ausencia	49
6	Poética del recuerdo	55
7	Presencias espectrales	61
8	El dolor de la escritura	67
9	El páramo de la nostalgia	77
10	La compasión y el consuelo	87
11	<i>Telón</i>	107
	<i>Lecturas y agradecimientos</i>	109
	<i>Posfácio. Marta Rebón</i>	113





I

PÓRTICO

NO ES POSIBLE INSTALARSE en ningún lugar. Orden en el desorden, creación en la destrucción, armonía en el caos. Hay una tensión inacabable —ineludible— en el ser humano, porque es espacio y tiempo, situaciones y relaciones, cuidado de sí mismo y de los demás. Son humanos la preocupación, el deseo de situarse, y, al mismo tiempo, lo son la imposibilidad de conseguirlo, la dislocación y el nomadismo. Estamos condenados a la desazón y a la zozobra. En un universo humano toda fijación es momentánea. Existimos en el reino de la provisionalidad. Por eso nadie es absolutamente humano, porque nadie es absolutamente nada. Nadie es humano del todo. O, dicho de otro modo, ser humano conlleva la imposibilidad de la presencia, de la presencia plena.

La plenitud es la muerte. Estar de «cuerpo presente» es morir. Nunca podemos ser *del todo*,



porque hay una alteridad que nos atraviesa y nos rompe, una alteridad que surge, al margen de nuestra voluntad, a modo de una carencia que no deja de asediarnos. Una alteridad que está fuera de mí, pero también en mí, una alteridad que me posee, que tiene la forma de una marca, de una cicatriz que llevamos inscrita en la piel, en las entrañas.

Me constituye no solo una diferencia, sino también una alteridad radical que impide que mi identidad sea del todo mía, absolutamente fijada. No soy un yo unívoco, porque no coincido conmigo mismo, porque no estoy a solas, aunque quisiera estarlo, porque no soy fiel a los principios en los que me han educado, porque soy inconstante y contradictorio, porque cambio de parecer y de punto de vista, porque me encuentro en estrechos callejones sin salida en los que me quedo desorientado, porque no puedo usar manuales o ideas rectoras que me digan lo que tengo que hacer, lo que tengo que decir o lo que tengo que pensar. Me atraviesa una alteridad que no me deja tener reposo. Vivo en una incesante ambivalencia, ambigüedad e insatisfacción, porque nada puede saciar mis deseos, porque el deseo está perpetuamente insatisfecho, porque ni siquiera sé exactamente qué deseo, porque deseo algo que ignoro qué

es, y porque los buenos momentos son un instante de calma efímera en noches de tormenta.

Si hay humanidad también hay ausencia, carencia y pérdida. El mundo humano es un universo habitado por ausentes, por espectros que surgen de repente, por vacíos que nunca volverán a llenarse o, cuando menos, que nadie podrá llenar de la misma manera, porque el vacío permanecerá siempre vacío, aunque alguien trate de ocuparlo. En el mundo humano siempre se echa de menos a alguien —o algo. La condición humana es elegíaca. Ya sea por el tiempo perdido o por el tiempo deseado, no hay vida humana completa, porque vivimos con la presencia inquietante de la carencia. Por esta razón, a pesar de que es cierto que podemos ser felices, no hay un reino de la felicidad. El ser humano no podrá cruzar —como humano— las puertas del paraíso. Es un animal que no acaba de encontrar su lugar en la vida, porque siempre es en relación con otros, con otros presentes y con otros ausentes. Por eso, no puede dejar de hacerse y de deshacerse. Vivir como humano es habitar en un cierto vagar, en un determinado desajuste. Es verdad que nadie es capaz de sobrevivir a la intemperie, pero uno tampoco puede quedarse siempre a cubierto, porque no

es amo de sí mismo, de las situaciones que vive y de las relaciones que establece. Ser humano es vivir haciendo un trayecto, haciendo camino, un camino incierto que no se sabe adónde va a parar; es vivir expuesto, sometido al riesgo de los sucesos y de los acontecimientos. No se puede confundir un suceso con un acontecimiento. En ambos casos hay algo que irrumpe, pero mientras que en el suceso mi vida no se ve alterada de manera sustancial, y puede continuar con cierta normalidad, en el caso del acontecimiento se produce una grieta en mi tiempo, y nada puede volver a ser como antes.

Esta «condición situacional» inseparable de la existencia, esta vida en tensión, esta vida errante, este trayecto, a menudo provoca vértigo. Como en el conocido cuadro del pintor romántico alemán Caspar David Friedrich, el vacío se abre bajo los pies del caminante: es un abismo sin fin, es un mar de nubes.

En el lienzo de Friedrich, el caminante que vemos de espaldas parece ignorar su pasado, sus inicios, y en su desajuste permanece mudo y misterioso. En su mirada hacia el abismo se abre un desierto de sentido, aunque para muchos sea de esperanza y de progreso. Son estos los que dicen que hay que avanzar al precio que sea, cueste lo que

cueste, pero no está de más recordar —junto con Walter Benjamin— que no hay progreso sin barbarie. Si aceptamos la condición elegíaca de la vida, es probable que, en momentos críticos, solo encontremos en las referencias a lo que ya fue la posibilidad de orientación y de guía: unas posibilidades frágiles, sin duda, pero las únicas que están al alcance de un ser finito.

Desde que Nietzsche anunció la muerte de Dios —que no es sino la muerte de la metafísica, del mundo dado por supuesto—, vivimos en la orfandad, en un universo de nostalgias, de vacíos y de idolatrías. Son tres «enfermedades» que resultan de la ausencia de lo Absoluto, tres enfermedades ligadas a la experiencia antropológica del tiempo: la nostalgia del pasado, el vacío del presente y la idolatría del futuro. El habitante de este universo incierto y problemático necesita encontrar con urgencia puntos de apoyo, aunque ya no puedan ser universales; necesita una luz trémula, porque sabe que ya no tendrá acceso a la del sol, porque sabe que ya no puede, ni nunca podrá, salir de la caverna.